

Greg Kopra

“La” Misión se convierte en “Nuestra” Misión

Formación Lasaliana en el Distrito de
San Francisco

Traductor: Hno. José María Bourdet

Hermanos de las Escuelas Cristianas
Via Aurelia 476
00165 Roma, Italia

2007

Presentación

La serie de cuadernos MEL, con la presente publicación, conectará sin lugar a dudas, con miles de lectores que intentan sacar el mejor partido de su existencia. Cuando la vida se toma en serio lo imposible se torna alcanzable, lo abocado al fracaso desafía al destino, lo cotidiano adquiere dimensión de milagro.

Entonces, ¿es que no se trata de contarnos lo que hacen en el Distrito de San Francisco? ¿No es ésta sino otra de las muchas experiencias y planes que se desean difundir en un Instituto tan internacional?

Desde la introducción, Greg te invita a trascender el localismo y a contextualizar la reflexión, y te aseguro que esta tarea no requerirá mucho esfuerzo; casi sin darte cuenta, te metes en la acción dejando tu puesto de observador. Es muy probable que al final de la lectura te hagas las mismas dos preguntas que van jalonando el relato: ¿dónde encajo en todo esto? ¿A qué me llama Dios?

Un texto como este, escrito por un “santo” Hermano del Instituto, puede que no nos sorprendiera demasiado: hablar de la misión, del relato fundacional, de la portentosa historia lasaliana, estarían dentro del discurso habitual... Pero que el texto haya sido escrito por un laico lasaliano, te dejará maravillado, porque, sencillamente, rompe la barrera de lo previsible o esperable. Claro, esto no es suficiente... Pero sí lo será, porque, en primer lugar es un relato casi autobiográfico; en segundo lugar, porque es creíble, real, es la vida ordinaria en estado de combate; en tercer lugar, porque es una bocanada de aire puro tan necesario en nuestra vida personal, comunitaria, y de misión.

Cuando se ha vivido conscientemente, cuando se ha vivido la vida con pasión, cuando se ha experimentado tenazmente, se puede afirmar con honestidad, casi con seguridad, como lo hace el escritor. Las posibilidades entonces se abren, y el futuro se alía con los que entierran la mediocridad. Al igual que en el evangelio de Jesús el milagro presupone siempre la fe y la oración, para el milagro de transformar vidas -así lo sugiere el autor- son necesarios cuatro elementos siempre presentes en la “poderosa” herencia lasaliana (véase capítulo 3). Y es que el autor cree en los

milagros, porque él ha vivido el milagro, él ha sido objeto de milagro...

El autor se recrea, se goza y casi se extasía con lo que en términos lasalianos se conoce como historia fundacional. Cautivado por el "mito fundacional" -el título principal responde en gran parte a ello- conecta con el lector, cuando el golpe tiene mayor efecto, justo apelando al presente de nuestra vida. Porque no se trata de recordar, ni de repetir, ni de copiar lo mejor de esa historia: se trata de responder hoy, como dicen los expertos, con fidelidad creativa, en momento histórico bien distinto y en un contexto nada similar. Aprender, pues del pasado; amar el momento presente y transformarlo con renovada radicalidad para no interrumpir la portentosa herencia recibida, y garantizar un futuro preñado de esperanza.

Entonces, ¿es que no se trata de contarnos lo que hacen en el Distrito de San Francisco? Sí, como excusa y trampolín para llegar a tu corazón y capacitarte para el milagro.

Introducción

Reflexión personal sobre un carisma que transforma vidas mediante la educación.

“Formación, formación, formación...” En los últimos años, en numerosas conversaciones relacionadas con el futuro de la misión educativa lasaliana y con nuestra asociación para la misión, muchos de la Región de Estados Unidos-Toronto con los que he contactado han acentuado la importancia de programas lasalianos intensos de formación para afianzar el conocimiento de esta misión y el compromiso con ella. Estos programas son parte integrante de la cumplida realización de la misión y proporcionan a los individuos y a las comunidades la orientación y la atención que necesitan y quieren.

Gran parte de mi trabajo en el Distrito de San Francisco y en la Región de Estados Unidos-Toronto lo constituye la formación lasaliana: proporcionar programas de orientación a los recién contratados, dirigir retiros a diversos grupos, facilitar cursillos a educadores, crear recursos para usarlos en los ministerios lasalianos. Me encanta mi trabajo. Es un ministerio al que realmente me siento llamado; algo que siento como vital para la misión educativa y de lo que estoy apasionado.

En este cuaderno compartiré con vosotros mis convicciones sobre la misión educativa lasaliana y sobre la formación que afianza nuestro compromiso con esta misión. En el primer capítulo, comentaré brevemente mi propia experiencia de formación como persona, como educador y como lasaliano. En el segundo capítulo, compartiré algunas ideas relacionadas con la formación inicial y continua, y describiré algunos programas de formación lasaliana en el Distrito de San Francisco y en la Región de Estados Unidos-Toronto. En el tercer capítulo, reflexionaré, y os invitaré a que reflexionéis conmigo, sobre la fuerza y la importancia de la herencia lasaliana hoy. Y lo haré describiendo cuatro elementos fundamentales de nuestra herencia. Estos cuatro elementos están hoy en el núcleo de nuestros esfuerzos de formación.

Mis reflexiones, ciertamente, se sitúan muy localmente y son el reflejo de mi ministerio, que fundamentalmente se desarrolla en la Costa Oeste de Estados Unidos. Para quienes leéis estas reflexiones en otras partes del mundo, os invito a considerarlas a la luz de vuestra propia experiencia y de vuestra situación local. Cierto que se precisará alguna “traducción” para adaptar estas reflexiones a vuestras circunstancias personales. Espero que estos pensamientos os sirvan de ayuda.

Una nota sobre el formato. Se proporcionan preguntas de reflexión al final de cada capítulo con el fin de ayudaros en vuestra propia reflexión sobre el impacto de la misión lasaliana y de los programas de formación en vuestra vida y en la vida de vuestro ministerio lasaliano. Son apropiadas para la reflexión privada y personal, así como para la reflexión y discusión en grupo.

Mis convicciones sobre la misión educativa lasaliana empiezan con la relación maestro y alumno. A la postre, es esta relación la que lleva a cabo nuestra misión de educación humana y cristiana. Así pues, empecemos remontándonos unos pocos años -treinta, de hecho- y acudiendo a una escolita secundaria con tres profesores estudiantes que movieron un corazón...

1. Itinerario de un educador

Phil, Roger y Ron.

En 1974, estaba yo en la mitad de mi primer año de escuela secundaria. Asistía a una escuela secundaria católica. La escuela era bastante dura y yo lo estaba haciendo... bien. Sólo bien. Notas y clases eran lo importante de mis días. Era un buen estudiante en lo académico. Hacía mis deberes a tiempo, estudiaba intensamente para los exámenes, sacaba buenas notas. Fuera de las cuatro paredes del aula, sin embargo, estaba perdido. Tenía algunos compañeros a los que llamaría "conocidos"; muchachos a los que conocía por el nombre y por el sitio que ocupaban en la clase. Amigos, pocos. Era tímido, reacio a esforzarme por hacer amigos y resignado a pasar mis días con la nariz enterrada en los libros.

Durante este primer año, Phil, Roger y Ron, tres jóvenes que se estaban preparando para el sacerdocio, fueron "destinados" a mi escuela por dos años. Su trabajo era enseñar, ayudar en los programas escolares y vivir con la comunidad de sacerdotes y hermanos del centro. En resumen, tendrían que meterse en la comunidad escolar. Una de sus responsabilidades fue dirigir un retiro con los de primero y con los finalistas. Cuando pidieron voluntarios para el primer retiro, me arriesgué y me apunté. La fe era importante para mí y -¿quién sabe?- quizás el retiro sería interesante. Fui al retiro y lo pasé bien. Me di cuenta de que, de hecho, disfrutaba charlando con mis compañeros. Empecé a hacer amigos. Para mi sorpresa, Phil, Roger y Ron me pidieron que les ayudase a organizar un retiro posterior. Por supuesto que dije que sí. Hice más amigos. Como consecuencia de mi implicación en estos retiros, mi último curso en la escuela secundaria fue el mejor de mis cuatro años allí.

Pocos años más tarde, como estudiante de segundo año en la universidad, me encontré dándole vueltas a la típica elección de un estudiante: ¿Hacia dónde debería enfocar mis estudios? ¿qué profesión me vendría bien?

Cuanto más analizaba el rompecabezas de profesiones tanto más pensaba en Phil, Roger y Ron, y en el impacto que habían tenido

sobre mí. Ellos me habían realmente ayudado a dirigir mi vida en una nueva dirección: me habían sacado de mi concha. Me habían animado a participar en actividades, me habían apoyado, habían pasado el tiempo conmigo y habían conseguido conocerme. Al volver la vista atrás, a mi experiencia con ellos en la escuela secundaria, me daba cuenta de que habían creído en mí cuando yo, incluso, era incapaz de creer en mí mismo. Eran tan genuinos en su confianza en mí que paulatinamente empecé a creer en mí mismo. Ése fue el comienzo de un tiempo de florecimiento para mí. Y lo debía a Phil, Roger y Ron, por regar la planta que yo era, alimentarme y ayudarme a crecer. Cuando estaba sentado en las gradas de béisbol en el otoño de mi segundo año universitario, con ansias de solucionar mi futuro, me vino: escogería cualquier profesión en la que pudiese hacer por los muchachos lo que Phil, Roger y Ron hicieron por mí. Quería estar en un trabajo que me permitiera influir en las vidas -vidas jóvenes- especialmente de los que pasan apuros. Al final, terminé haciéndome profesor.

Cuando reflexiono en esta experiencia a la luz de nuestra misión educativa lasaliana, una cosa queda clara: la relación entre profesores y alumnos tiene la fuerza de cambiar vidas al mover los corazones de los alumnos. Ron, Phil y Roger no eran profesores brillantes en aquel tiempo; tan sólo iniciaban su etapa de educadores. Estaban apenas en los albores de su profesión. Sin embargo, tuvieron una profunda influencia en mi vida por su preocupación por mí como persona. Tocaron mi corazón tan profundamente que, incluso hoy, recuerdo su influencia. Me recuerdan las palabras de San Juan Bautista de La Salle en su meditación para la fiesta de San Pedro (139,3): “¿Poseéis vosotros tal fe que sea capaz de mover el corazón de vuestros alumnos e inspirarles el espíritu cristiano? Ése es el mayor milagro que podéis realizar y el que Dios os exige, puesto que es el fin de vuestro empleo.”¹ Agradezco la influencia que estos tres jóvenes profesores tuvieron sobre mí. Tal influencia está en el núcleo de nuestra vocación lasaliana. En otra meditación (43,3), La Salle nos recuerda: “Vosotros ejercéis un empleo que os pone en la obligación de mover los corazones.”² En el centro de nuestros esfuerzos, bien

¹ SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, *Obras Completas* (Trad. de José M^o Valladolid), Ediciones San Pío X, Madrid, 2001, T. I, p. 484.

² *Ibid.*, p. 351.

en escuelas secundarias o en programas de formación lasaliana, éste es el objetivo decisivo: mover los corazones de los confiados a nuestro cuidado.

Mis primeros años de enseñanza, de manera similar a la mayor parte de los profesores jóvenes, estuvieron llenos de altibajos, de optimismo y pesimismo. Un día las cosas salían formidablemente y me convencía de que había elegido sensatamente, que la senda de mi profesión era totalmente correcta; al día siguiente era un desastre y me sentía como si nunca hubiera sido buen profesor y estaba dispuesto a dejarlo todo. De hecho, mi segundo año de magisterio fue tan horrible que lo dejé. Empecé los estudios del sacerdocio. Después de dieciocho meses, llegué a la conclusión de que no me atraía el sacerdocio; no estaba llamado a ser sacerdote. Así que dejé el noviciado y volví a mi casa para vivir, temporalmente, con mis padres. Ahora venía lo peor: necesitaba un trabajo.

Busqué, busqué y busqué cualquier trabajo que no fuera el de la enseñanza. Estaba convencido de que había estado allí y todo había concluido. Sin embargo, no podía hallar un trabajo. Finalmente decidí que solicitaría algún trabajo en el mundo de la enseñanza solo en el caso de que cualquier otro fallase. Con toda seguridad, con dos años de experiencia docente a mis espaldas, podría conseguir un puesto de trabajo en el campo de la docencia. Después, enseñaría un año, ahorraría algo de dinero y encontraría el trabajo que realmente me sentara bien. Después de varios meses buscando trabajo, se me ofreció finalmente un trabajo docente. Pero era muy cauteloso en mi compromiso con el trabajo. *Que pase el año, pensaba, y ya puedo seguir así el resto de mi vida...*

Un año dio origen a otros ocho, puesto que descubrí una comunidad educativa apasionada por la enseñanza de los jóvenes, especialmente de los que atravesaban dificultades. Eran maestros que verdaderamente formaban una comunidad. Estaba claro que amaban a los muchachos e igualmente claro que se amaban mutuamente. Se apoyaban, se animaban, compartían los recursos, pasaban mucho tiempo juntos. Cuando salí, después de ocho años, para tomar un nuevo empleo docente en otra escuela, me pregunté: *¿Encontraré alguna vez un lugar tan maravilloso como aquella escuela concreta?*

Y la respuesta fue afirmativa. Encontré otra escuela tan maravillosa como aquella. Era una escuela lasaliana y se apoderó de mi corazón con el tiempo, justo como la última lo había hecho. Solo que ésta era diferente. No se trataba de una escuelita que estuviera realizando un gran trabajo en la educación de los adolescentes. En absoluto; era parte de un sistema coordinado de escuelas que hacían el mismo gran trabajo. ¡Caramba! Fue un maravilloso descubrimiento. Desde mi incorporación a aquella comunidad escolar -una comunidad escolar lasaliana- nunca he dejado la educación y nunca he dejado de trabajar por la misión educativa lasaliana.

La historia es común: poco a poco, una decisión me llevó a otra; dones y pasiones salieron a la luz y finalmente se abrazaron; al parecer, antes de que lo supiera. Había encontrado mi pasión y mi pasión había llegado a ser el trabajo de mi vida. En algún punto, a lo largo del itinerario de mi vida, la *profesión* se había transformado poco a poco en *vocación*.

¿Qué había en esta escuela lasaliana tan irresistible y atractivo? La respuesta está en una historia iniciada unos cientos de años antes de que aquella escuela concreta fuera fundada. Empecé a aprender esta historia -esta herencia- y a experimentarla de una manera personal muy profunda desde el mismo comienzo de mi tiempo allí.

El poder de la formación.

Participé en mi primera experiencia de formación lasaliana dos meses antes de pisar la clase de la escuela secundaria La Salle en Milwaukie, Oregón. Apenas contratado, se me invitó a participar en un cursillo de cinco días para profesores de estudios religiosos de escuelas secundarias del Distrito de San Francisco. No sabía nada de ninguna de las otras escuelas; tan solo algo sobre la escuela secundaria La Salle. Y no sabía *nada* de los Hermanos de La Salle. Cuanto sabía era que, antes de haber pasado un día en una de sus escuelas, había sido invitado a participar en un cursillo con otros veinticinco profesores, y eso me impresionó. En diez años de docencia, rara vez había participado en una reunión así. Claro que había recibido clases de educación religiosa y de teología, y había asistido a cursillos con profesores de otras escuelas católicas. Pero éste era un encuentro extraño -para mí- de profesores de escuelas, todas dirigidas por la misma congregación reli-

giosa. No tenía la menor idea de que tales reuniones eran parte de la estructura del Distrito de San Francisco, un elemento importante del sistema de apoyo y formación proporcionado a los maestros y al personal.

Después de llegar al lugar del cursillo y de ocupar mi habitación, pasé a la sala de estar para la reunión previa a la cena. Allí me encontré con un Hermano de La Salle. Empezamos a hablar. Me dio la bienvenida a Mont La Salle y al Distrito de San Francisco. Lo que era el “distrito” constituía un misterio para mí. Mientras estábamos charlando, la conversación derivó hacia el número descendente de Hermanos en el distrito y en todo el mundo, y el creciente número de seglares implicados en las escuelas dirigidas por los Hermanos. Este Hermano -más tarde supe que se trataba del Visitador- me explicó que aquel cursillo formaba parte de una serie de cursillos que pretendían, entre otras cosas, fortalecer la relación entre el personal de las escuelas del distrito. Los Hermanos de La Salle, explicó, estaban llevando a cabo un importante programa de formación para seglares y Hermanos, un programa que aseguraría la vitalidad de las obras educativas del distrito en el futuro. Un elemento fundamental del programa era invitar a seglares -hombres y mujeres- a conocer la historia de los Hermanos y su misión educativa, y a participar plenamente con ellos en la realización de la misión. ¡Qué pensamiento tan alentador el de ser invitado a la misión de los Hermanos sin haber trabajado un solo día en La Salle! Al haber trabajado con varias otras comunidades religiosas en escuelas católicas, era sabedor del declinar en número de los aspirantes a la vida religiosa, lo que era aplicable a todas las comunidades religiosas católicas y había sido una realidad durante varios años. Este descenso en el número estaba afectando a la capacidad de los religiosos para continuar dirigiendo escuelas y otros ministerios de la manera que habían venido haciéndolo. Muchas congregaciones religiosas estaban en proceso de consolidación, cerrando algunos ministerios, fusionando otros, cediendo otros a la diócesis local. Sin embargo, los Hermanos de las Escuelas Cristianas eran diferentes; ellos veían la mano del Espíritu Santo en lo que, de otra manera, parecería una situación desesperada y tenían un plan a punto para asegurar la supervivencia de su misión educativa. Y ese plan me incluía a mí. ¿Dónde me estaba metiendo?

Mientras iba a casa al final del cursillo, me sentí lleno de energía y animado con mi nuevo trabajo en la escuela secundaria La Salle y unido a otros veinticinco profesores de Religión de las escuelas lasalianas. Estaba intrigado por este grupo de hombres religiosos que miraban al futuro de su ministerio de una manera tan diferente de lo que había experimentado en otras congregaciones. Con este cursillo había iniciado mi formación como lasaliano. Había sido acogido en una comunidad de personas que compartían un compromiso común de educar en las escuelas lasalianas. ¿Qué animaba su compromiso? ¿Qué les inspiraba en su ministerio como educadores? ¿A dónde me llevaría esta formación? No lo sabía con seguridad, pero estaba, por supuesto, intrigado.

Los años siguientes, empecé a oír y conocer la historia de Juan Bautista de La Salle y de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Empecé a conocer las muchas y diferentes obras dirigidas por los Hermanos a través del mundo. Lo que oí daba respuesta a lo que había estado buscando durante tantos años. Lo que oí sobre la educación lasaliana agitaba profundamente mis propias convicciones sobre la educación y alimentaba mis mejores esperanzas en los jóvenes. Lo que oí me hizo pensar en Phil, Roger y Ron, aquellos tres maestros jóvenes que me habían impulsado a abrazar la docencia. Oí palabras como “mover los corazones”, “educación humana y cristiana”, “educación integral del alumno”, “ver la presencia de Dios en todos los alumnos”, “preocupación especial por los pobres”. Eran ideales que había perseguido personalmente durante muchos años y suponía mucho para mí formar parte de una organización mundial que compartía esos mismos valores y que estaba comprometida a proporcionar una educación de cambio de vida a casi un millón de alumnos en todo el mundo. Después de muchos años de búsqueda, había encontrado un carisma educativo que encajaba perfectamente con mis convicciones y mi persona. Cuanto más conocía, tanto más me sentía “en casa” en la educación lasaliana. Y cuanto más conocía, tanto más quería conocer. Poco a poco, paso a paso, estaba quedando enganchado.

Esta experiencia formativa rememora la imagen hebrea de Yavé, que moldeó y modeló un pueblo como el alfarero da forma a la arcilla y saca un bello jarrón. Escuchad un momento las palabras del profeta Jeremías:

El Señor dirigió esta palabra a Jeremías: Baja enseguida a casa del alfarero; allí te comunicaré mi palabra. Bajé a casa del alfarero, y lo encontré trabajando en el torno. Si se estropeaba la vasija que estaba haciendo mientras moldeaba la arcilla con sus manos, volvía a hacer otra a su gusto. Entonces el Señor me dijo: ¿Acaso no puedo yo hacer con vosotros, pueblo de Israel, igual que hace el alfarero? Oráculo del Señor. Como está la arcilla en manos del alfarero, así estáis vosotros en mis manos, pueblo de Israel (Jeremías 18, 1-6).

Como está la arcilla en manos del alfarero, así estáis vosotros en mis manos. Lentamente, estaba siendo moldeado más auténticamente de lo que había imaginado posible, por un Dios amable que me conocía mejor que yo mismo; un Dios que me había traído de muchas e inesperadas maneras a una comunidad docente que, sin saberlo, había estado buscando toda mi vida. ¿Cómo Dios me moldeó? ¿Cuáles eran las “herramientas,” si se quiere, que me dieron forma? Ciertamente mi experiencia en el aula y en la escuela secundaria La Salle fueron poderosas herramientas. Sin embargo, lo que me había llevado a abrazar esta misión más consciente, intencional y activamente fueron las experiencias de formación. Tiempos, actividades y encuentros pretendieron dar respuesta a mis deseos más profundos de educador. Conocí más intensamente sobre nuestra herencia y carisma participando en los programas de formación dirigidos por responsables de mi escuela, de mi distrito y de la Región de Estados Unidos-Toronto: programas locales de orientación dirigidos por el departamento de educación de mi distrito, cursillos para profesores de estudios religiosos y para jefes de estudio, retiros de distrito para profesores y personal, el primer Instituto Lasaliano de Liderazgo organizado por la región... Éstos y otros muchos encuentros empezaron a formarme, me invitaron a reflexionar sobre mi vocación de educador, me condujeron a orar al notar la mano de Dios en todo esto y me atrajeron paso a paso, llevándome a compromisos cada vez más profundos. Además, estos programas sirvieron también para ayudar a fortalecer un sentido de comunidad entre todos los participantes, recordándonos constantemente que estábamos en esto *juntos* y que juntos seríamos más efectivos en modelar las vidas de los alumnos confiados a nuestro cuidado. Con el tiempo, estos programas, combinados con mis experiencias cotidianas en la escuela secundaria La Salle, lentamente -casi impercepti-

blemente, a veces- fortalecieron mi *compromiso* con este grupo y esta aventura educativa que denominamos educación lasaliana.

Formación para la misión: De acuerdo con nuestra historia fundacional.

Con los años, al estudiar la herencia educativa lasaliana, he llegado a apreciar los paralelismos de nuestros esfuerzos actuales de formación con los primeros años de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Cuando Juan Bautista de La Salle accedió a ayudar a Adrián Nyel en la apertura de la primera escuela en 1679, lo hizo porque quería ayudarlo a realizar una obra buena, una escuela que proporcionaría educación a los hijos de los artesanos y de los pobres. Estos jóvenes no tenían acceso a una educación estable y eficaz en aquel tiempo. “Quizás -podemos imaginar a nuestro Fundador pensándolo- esta escuela ayudará a estos jóvenes de Reims.” Luego resultó que no fue el final del compromiso de La Salle con el servicio educativo de los pobres... sino sólo el comienzo. Gradualmente, La Salle llegó a estar cada vez más profundamente preocupado por la situación de estos muchachos y de sus familias. Cuanto más conocía a estos jóvenes y a sus familias, tanto más decidido estaba para hacer algo que les ayudase. Esto le llevó a muchas aventuras y por muchas sendas que nunca podría haber imaginado. Un compromiso le llevó a otro, hasta que se encontró haciendo algo que no había previsto, algo que no había pensado hacer: fundar una comunidad religiosa de educadores dedicados a la educación humana y cristiana de los jóvenes, especialmente de los pobres.

En relativamente poco tiempo, La Salle y, con el tiempo, los primeros Hermanos llegaron a varias conclusiones:

Primero: La Salle con los primeros maestros se dio cuenta de que esta misión no podía llevarse a cabo con un número de individuos que trabajaran aislados unos de otros. Podría llevarse a cabo *con una comunidad de educadores dedicados y comprometidos, inspirados por una visión común: la salvación de los jóvenes necesitados por medio de una educación humana y cristiana.*

Segundo: La Salle dedujo que retiros, reflexiones, tiempos de oración en común, debates sobre lo que estos maestros venían a aceptar como una llamada -en lenguaje de hoy, formación- eran elementos absolutamente necesarios para hacer frente a las nece-

sidades de los muchachos confiados a su cuidado. ¿Cómo podían ellos llegar a los corazones de estos estudiantes? ¿Qué tipo de relación con los estudiantes potenciaría la experiencia educativa de manera que los alumnos pudieran llevar una vida de mayores posibilidades y más dignidad? Enseñar era un “ministerio” que requería reflexión, intencionalidad y una relación con un Dios amable y creativo que había llamado, después de todo, a estos hombres a este ministerio educativo.

Estos principios continúan siendo verdaderos hoy en el Instituto. Nosotros, como lo fue La Salle, estamos profundamente afectados por las necesidades de los pobres y marginados de nuestra sociedad. Continuamos convencidos de que la educación es la respuesta para ayudar a estos jóvenes a cambiar su pobreza por una mayor dignidad y un potencial humano plenamente realizado; a ayudar al pueblo a crecer en su compromiso de servir a los que más lo necesitan. Estamos totalmente comprometidos con llevar a cabo nuestra misión educativa juntos, sabiendo que ninguna persona, por bien dotada que esté, puede ayudar a efectuar el cambio como una comunidad de educadores. Sabemos que necesitamos permanecer juntos en el cumplimiento de nuestra misión, y que programas de formación de calidad pueden ayudarnos a permanecer juntos en la comunidad.

¿Pero cómo son los programas de formación de hoy? Prestamos atención a estas cuestiones en el capítulo siguiente.

Para tu reflexión

1. ¿Cuál fue la senda que te llevó a la misión educativa lasaliana?
2. ¿Quiénes fueron las personas más influyentes a lo largo de esa senda?
3. ¿De qué manera ha evolucionado tu compromiso con esta misión?
4. ¿Poco a poco, paso a paso, una decisión conduciendo a otra?

2. Programas de formación lasaliana para la misión

El poder del carisma.

Hace pocos años asistí a una reunión con un grupo de educadores católicos de Estados Unidos. Estos educadores representaban a organismos diocesanos, escuelas diocesanas, escuelas dirigidas por congregaciones religiosas y universidades católicas. Durante la reunión, una persona manifestó su opinión de que las escuelas católicas dirigidas por congregaciones religiosas tienen una ventaja clara sobre otras escuelas católicas. Tienen un carisma, una historia fundacional y una serie propia de convicciones y compromisos particulares sobre la educación, que dan una orientación específica a su trabajo. El carisma da al personal de estas escuelas algo importante para “abrir los brazos” y abrazar. Después de trabajar en los dos tipos de escuelas católicas, estoy de acuerdo con esta idea. Como lasalianos, tenemos la ventaja de una poderosa historia fundacional y una historia convincente que nos alienta, un carisma que polariza nuestros esfuerzos educativos, especialmente con los más necesitados, y un conjunto claro de convicciones y compromisos sobre la educación. Sin embargo, si profesores y equipo directivo de la escuela no son conscientes del carisma de la congregación religiosa, de la historia fundacional y de las convicciones educativas, ¿cómo pueden adherirse a ellas?

Generalmente hablando, los programas de educación lasaliana forman a Hermanos y a compañeros en lo referente a la misión educativa lasaliana, de tal manera que puedan integrar la misión en sus vidas particulares, profesionales y comunitarias. Estos programas introducen también a los participantes en las comunidades del distrito, de la región y del instituto, y les invitan a explorar diversas maneras de pertenecer a la amplia familia lasaliana. Estos programas persiguen, también, afianzar el sentido de pertenencia de los participantes a la familia lasaliana. Los programas van desde orientaciones al personal nuevo a programas avanzados e intensivos, tales como el Instituto de Liderazgo Lasaliano y el Instituto Buttimer en la Región de Estados Unidos/Toronto.

Estos programas buscan fortalecer el compromiso de participantes y comunidades con la misión y comprometerles en los ámbitos intelectuales, emocionales y espirituales.

La formación arranca desde el principio.

En las escuelas del Distrito de San Francisco, la invitación de asociarse con otros lasalianos para la misión de la educación humana y cristiana se hace tan pronto como responsables y directores de programas bien formados consideran qué aspirantes a puestos de trabajo vacantes serán “los más apropiados” para la escuela. ¿En qué consiste “ser apropiado”? Además de tener la preparación necesaria para las responsabilidades de un trabajo concreto (por ejemplo, haber realizado un programa de preparación para la enseñanza de las matemáticas), los responsables y directores de programas están buscando personas que se adhieran a nuestra misión, incluso sin conocerla. Su personalidad, convicciones sobre la educación y sobre los alumnos, su visión de lo que significa ser un educador eficaz están en armonía con las convicciones y visión lasalianas. Su compromiso, especialmente con los más necesitados, es fuerte; ellos también se sienten incómodos por la situación de los marginados y quieren hacer algo. Una vez oída la historia, inclinan sus cabezas y pueden conectar con ella inmediatamente a un cierto nivel personal porque resuena en ellos.

Es muy importante que los que trabajan en ministerios lasalianos empiecen a conocer la misión educativa lasaliana enseguida, tan pronto como sea posible una vez contratados; idealmente, antes de su primer día de trabajo. Este tipo de “orientación a la herencia lasaliana” sirve tanto de acogida a los nuevos contratados en nuestra comunidad, como de herramienta que les permita enfocar su preparación a las responsabilidades de su nuevo trabajo, a la luz de los valores educativos lasalianos.

Un programa eficaz de orientación no es exhaustivo. Más bien se trata de una introducción, de una oportunidad de iluminar las facetas más importantes de nuestra herencia educativa y de una invitación a empezar a vivir la misión desde el primer día en el centro. Participante es cualquiera recién contratado, desde los que no tienen experiencia de trabajo a quienes cuentan con treinta o más años de práctica. Aquí están Hermanos, seglares -hom-

bres y mujeres-, sacerdotes y miembros de otras congregaciones religiosas que se incorporan a la comunidad educativa. Aquí están directores de programas, directores pedagógicos, presidentes, directores adjuntos, profesores, personal de apoyo; en resumen, *todo el que* llega al ministerio.

Muchos de los participantes oyen la historia fundacional por primera vez. Se encuentran con San Juan Bautista de La Salle y hacen conexiones entre la historia del santo, su propia historia y la historia de la misión educativa lasaliana. Conocen su creciente preocupación por las necesidades de los hijos de los artesanos y de los pobres, y su compromiso creciente para hacer algo al respecto. Se les introduce en el lenguaje del Instituto; los términos usados diariamente, casi sin pensar: instituto, distrito, lasaliano, visitador, capítulo, asociación... Conocen no sólo que se han incorporado a una comunidad local de profesores, orientadores, trabajadores sociales etc., sino también que se han unido a una comunidad mundial en el servicio educativo de casi un millón de personas. Analizan algunas características esenciales de la educación desde una perspectiva lasaliana y empiezan a ver cómo darán vida y expresión a estos elementos a través del trabajo que hacen. Se les invita a compartir una espiritualidad de educación desde donde reflexionen sobre su presencia en su apostolado lasaliano como algo más que una coincidencia, como una llamada a influir en las vidas de las personas “confiadas a su cuidado”. Y se lanzan dos preguntas: “¿Dónde encajo yo en todo esto? y ¿a qué me invita Dios?” Las preguntas se plantean, pero sin respuesta. Sólo el tiempo y la experiencia empezarán a proporcionarla. Esta orientación inicial, hay que admitirlo, es breve y proporciona una visión rápida. Es la más breve de las introducciones a la familia lasaliana, pero suficiente para ayudarles a comenzar el itinerario.

Formación continua en los ministerios lasalianos.

Una vez dada la invitación inicial ¿qué hacer ahora? Es tiempo de dejar que las personas *vivan la historia* durante un periodo de tiempo, acompañadas por lasalianos más experimentados a nivel local. Es tiempo de experimentar la realidad de la misión, de completarla con dificultades, éxitos, decepciones, satisfacciones y abundante trabajo duro, todo el tiempo apoyados, animados y guiados por otros miembros de la comunidad. Es tiempo de

encontrar las muchas y diversas pobrezas que estos jóvenes experimentan diariamente. Es tiempo de experimentar también las tremendas dificultades que acompañan a la respuesta a estas necesidades. Gradualmente, quizás sin percatarse incluso de ello, estos nuevos profesores y miembros del equipo llegan a ser participantes más activos en la comunidad educativa lasaliana.

Algunos de los programas de formación más admirables que he visto en escuelas concretas del Distrito de San Francisco en los últimos diez años, son los programas continuos de acompañamiento a los maestros nuevos y al personal de quienes se habló antes. Estos programas proporcionan orientación, dirección, guía y comunidad durante uno, dos y, a veces, tres años enteros. Proporcionan un tiempo estupendo para que los nuevos contratados se reúnan con compañeros más experimentados a compartir éxitos y dificultades, a formular preguntas y a buscar respuestas, a conocer las muchas y diversas facetas de nuestro carisma educativo y espiritual. Finalmente, estos programas invitan a los nuevos contratados a trabajar *juntos* -entre sí y con otros miembros de la comunidad más experimentados- para proporcionar educación humana y cristiana a los confiados a su cuidado. *Juntos y por asociación*; incluso antes de haber oído las palabras, ya tienen la experiencia.

Es importante que en los ámbitos locales y distritales proporcionemos a maestros y al resto del personal posibilidades periódicas de reunirse para reflexionar y orar; tiempos para revisar las cuestiones planteadas al comienzo: *¿Dónde encajo yo en todo esto? ¿A qué me está invitando Dios?* Tales experiencias de oración -de retiro- permiten a las personas poner su experiencia en diálogo con la herencia y profundizar en su conocimiento y compromiso con nuestra misión educativa y espiritual. Profesores nuevos y personal reciente de las escuelas del Distrito de San Francisco participan en un retiro vespertino en la mitad de su primer año de escuela. Este retiro, de dos horas de duración, proporciona tiempo para que los participantes revisen reflexivamente puntos importantes de nuestra misión (por ejemplo, reconocer la presencia de Dios; preocupación especial por los pobres) a la luz de su experiencia en la vida real, por breve que haya sido hasta ahora. Lenta y gradualmente, las personas van conectando la misión y su experiencia. Gradualmente descubren su papel en la realización de esta misión. Poco a poco, la misión lasaliana empieza a reso-

nar dentro de sus corazones. Cada vez más, empiezan a ver, en el terreno práctico, cómo viven la misión lasaliana en sus interacciones diarias con los confiados a su cuidado. No sólo empiezan a sentirse más conectados con la misión más amplia, sino que también empiezan a sentirse parte de la comunidad de educadores de su escuela.

Este creciente compromiso con la misión y la comunidad necesita, ciertamente, ser facilitado en el ámbito local con experiencias de retiros, apertura continua a la familia lasaliana con cursillos, lecturas, reflexiones con vídeos y muchos otros métodos creativos (por ejemplo, colocando una cita de las Meditaciones de La Salle sobre el tablero de anuncios; desplegando carteles a lo largo del edificio que expresen los componentes claves de la misión; iniciando un claustro o asamblea del personal con una oración que refleje un fragmento de la historia lasaliana, etc.). Sin embargo, la formación efectiva no solo tiene lugar en el ministerio local. Formación lasaliana eficaz para la misión debe darse también en ámbitos más amplios del Instituto.

Formación continua en el ámbito distrital y regional.

Así pues, la formación continua debe darse también en campos más amplios, en los ámbitos distrital y regional. Es importante que las personas experimenten la familia lasaliana cuando se reúnen con personas de otras obras distritales o regionales para reflexionar, orar, compartir y construir una comunidad lasaliana más amplia. Tales encuentros pueden ser, y lo son a menudo, experiencias poderosas que fortalecen el compromiso de una persona con una misión que -llegan a experimentar- es compartida por un grupo bastante más amplio de personas en todo el mundo. El Distrito de San Francisco ha patrocinado muchos de tales encuentros en los últimos años, incluidos retiros o cursillos para jefes de estudio, responsables de disciplina, dirigentes de deportes, encargados de admisión, profesores de ciencias sociales, profesores de matemáticas, profesores de ciencias, profesores de inglés, profesores de idiomas, personal de apoyo y orientadores. Tales encuentros nos recuerdan aquellas reuniones de los primeros años de 1700 que originaron las primeras versiones de la *Guía de las Escuelas*. Personas con responsabilidades similares en ministerios educativos lasalianos se reúnen durante unos días a orar, compartir y discutir. ¿Qué está funcionando? ¿Con qué dificulta-

des te estás enfrentando? ¿Cómo respondes a estas preguntas? ¿Qué significa ser educador lasaliano en nuestro campo particular? Es tiempo de interconectar, dándonos cuenta de que, como siempre, la sensatez del grupo excede con creces la sensatez de muchos individuos. Es también tiempo de recordar la misión que compartimos y -una y otra vez- de formularnos estas preguntas críticas: “¿Dónde encajo yo en todo esto? ¿A qué me está invitando Dios?” Los participantes salen de estos encuentros renovados, llenos de energía, inspirados. Y llevan toda la energía e inspiración con ellos a su comunidad local, donde todos se benefician.

Uno de los programas regionales de formación más influyentes, aparecido en los últimos diez años, es el Instituto de Liderazgo Lasaliano (LLI)*. Más de 400 lasalianos, Hermanos y seglares, han completado el curso del Instituto y otros doscientos lo empezarán en el verano de 2006. El LLI es un programa de formación de tres años, que tiene lugar durante una semana cada verano y dos fines de semana en el curso escolar. Cada año se dedica a un tema particular: *La Herencia Educativa Lasaliana*, *Liderazgo Espiritual en los Ministerios Lasalianos* y *Liderazgo lasaliano y la Comunidad Educativa*. Más que cualquier otro programa de formación que yo haya vivido, el LLI ha fomentado un espíritu de asociación que se extiende más allá de los límites de las escuelas e instituciones concretas; a veces más allá, incluso, de los límites de los distritos. La formación ofrecida por el LLI ha sido responsable directa del establecimiento de varias escuelas nuevas en la región. Graduados del LLI tienen un sentido más amplio y profundo de la “familia” lasaliana por la formación y la comunidad fomentada entre los participantes a lo largo de tres años. Varios graduados seglares -hombres y mujeres- han respondido a la llamada de servir en otras escuelas del distrito en los últimos años y un creciente espíritu de colaboración ha arraigado entre las escuelas. Las escuelas de más solera sirven de hermanas mayores a escuelas nuevas, compartiendo trabajo, ideas, personal y compañerismo. La formación intensiva y de larga duración ofrecida a través del LLI inspira y habilita a los participantes a asumir papeles más importantes de liderazgo para mejorar la misión educativa y espiritual, y fortalecer la experiencia de comunidad en el ámbito local.

* LLI son las siglas de Lasallian Leadership Institute (N. Del T.).

Para tu Reflexión

1. ¿Qué tipos de formación lasaliana has experimentado?
¿Hay una experiencia formativa que destaca, para ti, como más influyente en tu crecimiento como lasaliano?
2. ¿Quiénes te acogieron en tu comunidad lasaliana actual?
¿Qué hicieron que te ayudase a empezar la integración en la comunidad?

3. Poder y relevancia de la herencia lasaliana hoy

Reflexión sobre cuatro elementos fundamentales de la herencia lasaliana.

La herencia educativa lasaliana es poderosa y transformadora. Es cualitativamente diferente de muchas otras experiencias educativas, por varias razones. En este capítulo pondré de relieve cuatro elementos fundamentales de nuestra herencia que le otorgan su poder transformador:

1. El compromiso de estar convencidos, conscientemente y a menudo, de que estamos en la presencia de Dios, especialmente en presencia de los más necesitados;
2. una preocupación especial por quienes son pobres, por quienes se encuentran al margen de la sociedad;
3. la primacía de la relación en el ministerio educativo;
4. nuestra conexión con Juan Bautista de La Salle y con la historia fundacional; una historia que continúa alentando y guiándonos.

Cada uno de estos elementos encontrará eco en la experiencia de vida de otros lasalianos, de la misma manera que lo tienen en mi propia experiencia de vida.

1. Recuerdo de la presencia de Dios.

Como lasalianos, encontramos a Dios presente especialmente en el mundo: en las personas confiadas a nuestro cuidado; en el otro; en los momentos difíciles y en los momentos dulces. La Salle lo dijo bellamente en su *Explicación del Método de Oración*: “A cualquier parte a donde vaya, allí os encontraré... no hay ningún lugar que no sea honrado con vuestra presencia.”³ Empezamos cada oración con la invitación “Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios”. El contenido de la expresión es

³ Ibid., p. 222.

importante. No nos invita a colocarnos en la presencia de Dios. No invita a Dios a hacerse presente, como si pudiéramos llamarle y decirle: “De acuerdo, Dios, es tiempo de orar: ¡baja!” Dice que ya estamos en la presencia de Dios. Estamos *siempre* en la presencia de Dios, aun quizás sin ser conscientes de ello.

Sin embargo, la seguridad de que estamos siempre y en todas partes en la presencia de Dios cambia nuestra perspectiva de todo y de todos. Por ejemplo, esta conciencia cambia el contexto de las relaciones que tenemos con alumnos en dificultad. Más que centrarnos en la dificultad y en la frustración, y en nuestra incapacidad para hallar una solución rápida y fácil, empezamos a movernos en la posibilidad, en la esperanza y la creatividad, sabiendo que Dios nos llama a un tipo de relación diferente. Nos deja libres para buscar el bien y las cualidades de recuperación en otros, aun cuando estas cualidades se hallen profundamente ocultas bajo la superficie. Nos invita a ver las posibilidades y la gracia en *nosotros mismos*; necesitamos hacerlo así la mayor parte de las veces. En su Meditación para la Fiesta de la Epifanía, La Salle insta a los Hermanos a reconocer “a Jesús bajo los pobres harapos de los niños” confiados a su cuidado⁴. “Harapos” es, literalmente, la ropa totalmente estropeada; “harapos” puede ser una actitud desafiante y combativa; rehusar pensar en nadie salvo en uno mismo; carencia de autoconfianza que origina que uno se difumine en la superficie del aula y rehúse pasivamente participar; una convicción personal dice: “Si nunca podré hacer esto, ¿por qué intentarlo?” Somos llamados a ver a través de cualquier elemento que nos cierre el paso a la bondad, las posibilidades, la dignidad de cada persona confiada a nosotros. Los jóvenes pobres, especialmente, es importante que tengan adultos significativos en sus vidas, que crean en ellos cuando ellos son incapaces de creer en sí mismos. Estos adultos muestran un tipo diferente de espejo a sus alumnos, un espejo que refleja su bondad, capacidad y competencia, más que su sombra, debilidad e incompetencia. Somos llamados a mostrarles este espejo metafóricamente durante tanto tiempo como les lleve empezar a ver estas cualidades en sí mismos. Una vez que sucede esto, nunca serán lo mismo. Les hemos dado un regalo para siempre.

⁴ Ibid., p. 433.

Ser conscientes de la presencia de Dios nos lleva a abrazar más plenamente la vida con espíritu de fe, sabiendo que Dios está con nosotros, guiándonos a lo largo del camino y a través de los acontecimientos de nuestra vida. Para hacer surgir esta característica, debemos estar atentos a la presencia activa y generalizada de Dios en nuestra propia vida, y esto requiere tanta atención y cuidados como los que prestamos al importante trabajo de planificar nuestros programas, actividades, clases, retiros, sesiones de orientación, programas de recuperación y organización de juegos. Algo del trabajo formativo más importante que podemos hacer con lasalianos implica ayudarles a experimentar el significado y poder de la presencia de Dios para ellos mismos, ayudándoles a reconocer momentos cuando han sido extremadamente seguros de estar en la presencia de Dios. Cuanto más puedan reconocer estos puntos álgidos en su vida, tanto más pueden desarrollar la capacidad de ver a Dios en lo ordinario, en lo cotidiano. Dios se hace entonces mucho más que un ayudante parcial que viene en nuestra ayuda cuando le invitamos en la oración. Dios llega a ser, entonces, un compañero constante y fiel, transformando verdaderamente el modo como vemos el mundo y como nos acercamos a los otros cuando participamos en proporcionar educación humana y cristiana. La profesión se transforma lentamente en *vocación* y empezamos a ver que el mundo está verdaderamente lleno de la presencia de Dios.

A decir verdad, la mayor parte de nosotros no somos conscientes de estar en la presencia de Dios mucho más a menudo de lo que somos *conscientes*. Así, una pregunta importante para cada uno de nosotros es: *¿Cómo puedo estar más atento a la presencia de Dios en mi vida y en el mundo?* Reconociendo que somos criaturas de hábitos, La Salle y los primeros Hermanos desarrollaron un número de ritos para recordarnos que estamos en la presencia de Dios. Por ejemplo, en la *Explicación del Método de Oración*, indica que lo primero que debe hacerse en la oración es penetrarse interiormente de la presencia de Dios⁵. En carta escrita a un Hermano, con fecha 15 de mayo de 1701, La Salle dice: “La presencia de Dios le será de gran utilidad para ayudarlo y animarlo a realizar bien sus acciones.”⁶ Durante un retiro, La Salle tomó

⁵ Ibid., p. 204.

⁶ Ibid., p. 682.

esta resolución: “Es regla de la Comunidad no entrar nunca en casa o en el cuarto sin orar a Dios y renovar la atención a Él; cuidaré de no faltar en ello.”⁷ Al entrar en un aula, se ordenaba a los Hermanos arrodillarse junto a su escritorio, hacer la señal de la cruz y recordar la presencia de Dios. Cada media hora, sonaba la campana en clase y un alumno se ponía de pie junto a su pupitre y decía: “Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios.” El mensaje es claro: estamos siempre en la santa presencia de Dios.

Nunca olvidaré la primera vez que oí estas palabras: *Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios*. Fueron dichas por el director de una escuela secundaria católica como oración inicial al comienzo de la primera reunión del profesorado en el curso escolar. Por alguna razón, oí las palabras de tal manera que me dejaron helado. Las palabras me impactaron poderosamente. Me recordaron que no era una presencia que yo solo me había fabricado. Más bien, Dios está siempre presente. Soy yo quien está ausente a veces. Estar firmemente convencido entonces de que Dios está siempre presente liberó la ansiedad que sentía por el nuevo año y el nuevo trabajo, pues sabía que no estaba solo en el cumplimiento de mis responsabilidades docentes. Di las gracias después al director por su emotiva oración. Estaba tan conmovido de trabajar para un líder tan carismático y creativo... Pensaba que mi inteligente director había compuesto esta oración. Hasta años más tarde, cuando empecé a enseñar en una escuela lasaliana, no supe que tenía trescientos años de historia. Una poderosa oración, ciertamente.

2. Preocupación especial por los pobres.

Un segundo elemento transformador de la misión educativa lasaliana es nuestro compromiso especial con los más necesitados. Juan Bautista de La Salle y los primeros Hermanos -hay que recordarlo- se enfrentaron a una difícil situación social de su tiempo. El Instituto nació como respuesta a la necesidad, por parte de los hijos de los pobres y de la clase trabajadora, de una educación que les transformaría al darles las herramientas necesarias para hallar un trabajo productivo y la preparación espiritual necesaria

⁷ Ibid., p. 120.

para darse cuenta plenamente de su dignidad de hermanos y hermanas de Jesucristo. Hoy permanecemos fieles a aquel compromiso fundacional de muy diversas maneras.

Debemos estar, y lo estamos, preocupados en muchos ámbitos por la situación de los económicamente pobres hoy y estamos decididos a reaccionar en la medida de lo posible. En la Región de Estados Unidos-Toronto, este compromiso ha lanzado varios programas ejemplares e innovadores. El rápido crecimiento de las Escuelas San Miguel, fundamentalmente escuelas medias dedicadas a la enseñanza gratuita de los hijos de familias de escasos recursos, es un ejemplo típico. Estas escuelas proporcionan oportunidades educativas a los jóvenes en zonas con escasos recursos educativos. Proporcionan una educación académica, social y religiosa que prepara a todos los alumnos para la escuela secundaria. Es algo impresionante, pero son igualmente llamativas las maneras como las escuelas próximas a las escuelas San Miguel han colaborado con éstas para ofrecer oportunidades de educación secundaria lasaliana, proporcionando un clima en el que por encima del 90%, hasta casi el 100% de los graduados, continúan su educación en centros universitarios, mientras que el *porcentaje de graduación* de la escuela secundaria en la escuela pública local es a veces inferior al 50%. En algunos casos, facultades y universidades lasalianas se han asociado o se están asociando con las escuelas San Miguel para proporcionar ayuda a los jóvenes que desean continuar su educación en niveles superiores.

Otro programa innovador que proporciona posibilidades educativas a los económicamente pobres son las escuelas Cristo Rey: una red de escuelas secundarias en Estados Unidos, dirigidas por una variedad de congregaciones religiosas (incluida la de los Hermanos de La Salle). Estas escuelas, localizadas predominantemente en emplazamientos urbanos muy difíciles, proporcionan una educación católica de preparación universitaria con una enseñanza drásticamente reducida a causa de su Programa de Trabajo Corporativo innovador; un programa de trabajo en el que participan todos los alumnos de la escuela. Los alumnos trabajan en equipos de cuatro para completar el trabajo de un día de un aprendiz en una empresa u organización local sin ánimo de lucro, rotando sus días de trabajo para que cada alumno trabaje cinco días al mes. El pago que normalmente iría a los trabajadores va, en su lugar, a la escuela, contribuyendo en gran medida al

coste de la educación de cada alumno. Los alumnos no sólo reciben una educación preparatoria excelente para la universidad, sino que también reciben un trabajo valioso y una experiencia de vida a través de sus puestos de trabajo. Y los patrocinadores corporativos se benefician de la oportunidad de ser mentores de estos jóvenes, preparándoles, estimulándoles, orientándoles. En algunos casos, estas gentes de negocios vienen a ser hermanos y hermanas mayores de estos adolescentes, llegando a preocuparse profundamente por su bienestar actual y futuro. Toda la comunidad se beneficia de la experiencia de Cristo Rey. Tres de las once escuelas Cristo Rey actualmente abiertas son escuelas lasalianas.

¿Cómo estos programas se relacionan con la formación y el poder de la herencia educativa lasaliana para transformar vidas? Es bastante curioso. Varias de estas escuelas fueron fundadas o están dirigidas por quienes estuvieron trabajando en escuelas lasalianas “oficiales”. Habían completado programas importantes de formación, como el Instituto de Liderazgo Lasaliano, y se sintieron movidos y alentados a poner sus energías al servicio directo de los pobres y marginados. Como sucedió con el Fundador, estas personas se preocuparon por la situación de quienes estaban en gran necesidad, y respondieron de forma espectacular. En igual línea, las escuelas lasalianas cercanas a estas escuelas, como se indicó antes, ayudan como “hermanas mayores”, ofreciendo personal, enseñanza voluntaria y asesoramiento a las nuevas escuelas. Todas forman parte de la misma familia lasaliana.

También se están realizando, en nuestro distrito o región, serios esfuerzos para hacer que escuelas establecidas, que han atendido predominantemente a una población de clase media y alta durante años, estén más accesibles a alumnos de familias económicamente desfavorecidas. Con lo difícil que resulta reunir cientos, miles e, incluso, millones de dólares de ayuda financiera anualmente, las escuelas lo hacen voluntariamente porque, a través de exigentes programas de formación lasaliana, han captado la llamada a cambiar, mediante la educación, la vida de los económicamente marginados. Programas creativos de educación en justicia social y en aprendizaje del servicio fortalecen el conocimiento de los jóvenes y el compromiso de acudir en ayuda de las necesidades de los de la comunidad. Cada vez más, estos programas desbordan el currículum de religión y los programas del ministerio escolar para incluir muchas otras áreas y departamen-

tos curriculares. Los grupos de ciencias estudian temas del entorno y trabajan en la limpieza de los riachuelos locales. Los grupos de español estudian la inmigración y temas de alfabetización, y dedican tiempo a la enseñanza de los niños latinos recién llegados a Estados Unidos y que necesitan ayuda en el aprendizaje del inglés. Los equipos de deportes participan en proyectos comunitarios de limpieza. La lista crece cada año. Mediante programas semejantes a estos, todos los estudiantes y adultos se sensibilizan gradualmente con las necesidades de la comunidad local.

Esta preocupación por los pobres va más allá de una preocupación por los económicamente necesitados. Se extiende a aquellos estudiantes que sufren social, académica, interpersonal, intrapersonal y espiritualmente. De hecho, esta preocupación explícita de mis primeros años en una escuela lasaliana por una amplia gama de alumnos marginados me cautivó. Era muy claro para mí que el profesorado, el personal y la administración habían fraguado un clima y una cultura donde las personas se preocupaban por los otros. Las personas -alumnos tanto como adultos- eran sensibles a las necesidades de los otros de la comunidad y se ofrecían voluntariamente a ayudar a los necesitados. Esto me impresionó: que una comunidad entera actuase de manera totalmente natural. Significaba que la comunidad se había constituido y tomado forma tan efectivamente en torno a este valor que llegó a ser parte de la estructura de la escuela, parte de la cultura de la escuela. Y este valor, he llegado a entender, surge directamente de una conciencia más clara de la presencia de Dios en cada uno y en nuestro mundo.

3. Siempre se trata de relación.

He observado que una de las principales ideas - intuiciones, quizá - de La Salle y de los primeros Hermanos fue el hecho de que el éxito de sus esfuerzos dependía directamente de su capacidad para entablar relación amistosa con sus alumnos, de apoyo y digna de confianza. Esta relación abrió las mentes y los corazones de los alumnos al aprendizaje académico, social, espiritual y comunitario. Una mirada a la edición de 1720 de la *Guía de las Escuelas* lo indica claramente. Los Hermanos establecieron un sistema para conocer a los jóvenes y su situación. En la admisión obtenían abundante información sobre cada alumno, a partir de una entrevista sobre la escolaridad anterior, los padres, profesio-

nes de los padres, ambiente religioso, esperanzas de los padres en su hijo, etcétera. Al finalizar cada año, el Hermano elaboraba un informe de cada alumno de su clase, sobre su conducta, rasgos de personalidad, puntos fuertes y débiles, y consejos para tratar con el joven. Esta información pasaba al profesor del curso siguiente para ayudarlo a conocer a sus alumnos⁸. Los Hermanos debían conocer a sus alumnos lo suficientemente bien para orientarles y corregirlos eficazmente, lo que se hacía de acuerdo con una serie de normas, es verdad, pero adaptadas a las peculiaridades de cada alumno. Como La Salle observa en su Meditación para el Segundo Domingo de Pascua, los Hermanos deben “saber conocerlos [a sus alumnos] y discernir el modo de proceder con ellos. Pues con unos se precisa más suavidad, y con otros más firmeza; algunos requieren que se tenga mucha paciencia, y otros que se les aliente y anime; a algunos es necesario reprenderlos y castigarlos para corregirlos de sus defectos; y hay otros sobre los cuales hay que vigilar continuamente, para evitar que se pierdan o extravíen”⁹.

La invitación de esta meditación se hace realidad en muchos lugares de la *Guía*, incluido el importante apartado de la corrección. Este apartado incluye una sección que indica los alumnos que no deben ser corregidos¹⁰. También incluye una sección con ausencias, donde insta al Hermano a conocer, antes de corregirle, por qué un alumno se ausenta, puesto que la respuesta al “por qué” indicará el tipo de corrección que mejor asegurará la presencia del alumno en la escuela de manera habitual¹¹. Entre tanto detalle y estructura, se da continuamente este mensaje: *conoce a tus alumnos*.

¿Cómo traducir hoy este elemento de la primacía de la relación? En principio, igual que en la práctica, se traduce muy bien. Como los primeros maestros se denominaron “Hermanos,” declarando su compromiso de ser hermanos entre sí y hermanos mayores de los jóvenes confiados a su cuidado, nosotros, también, estamos llamados a ser hermanos y hermanas entre nosotros y hermanos y hermanas mayores de aquellos confiados a nuestro cuidado. Nos

⁸ SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, *Obras...*, T. II, pp. 83-84.

⁹ SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, *Obras...*, T. I, p. 337.

¹⁰ SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, *Obras...*, T. II, pp. 96 - 101.

¹¹ *Ibid.*, pp. 108 - 113.

tomamos tiempo para conocernos mutuamente, nos apoyamos mutuamente en nuestro ministerio educativo y empleamos tiempo juntos en la oración y en el diálogo sobre cómo ayudar a los jóvenes más eficazmente frente a las dificultades que han de afrontar en su vida.

Somos hermanos y hermanas mayores de los jóvenes confiados a nosotros. Tenemos experiencia, perspectiva y sensatez que ofrecerles. Y, a su vez, ellos nos ofrecen su experiencia, su punto de vista y su sensatez. Les mantenemos responsables, como deben hacer los hermanos mayores. Pasamos el tiempo conociéndoles y dejándoles conocernos. Trabajamos esforzadamente para descubrir los métodos más eficaces de educación. Trabajamos horas extra con ellos cuando lo necesitan y les dejamos que resuelvan por sí mismos cuando eso es lo que necesitan. Sabemos, como aquellos primeros Hermanos, que debemos hacer todo lo que podamos para mover sus corazones con el fin de proporcionar una educación que cambie sus vidas a mejor. Y el único camino hasta sus corazones es el de la relación. Como un sensato y experimentado responsable me dijo una vez, cuando seguía una orientación lasaliana para profesores nuevos: “nosotros no enseñamos matemáticas, ciencia, literatura o religión; enseñamos a jóvenes.” Estamos, primero y ante todo, preocupados por las personas confiadas a nuestro cuidado. Enseñamos el contenido por nuestra preocupación por el bienestar actual y futuro de nuestros alumnos. Nuestro amor por una asignatura concreta queda en segundo término; lo realmente importante es habilitar a aquellos que se nos confían a llevar vidas de dignidad personal y servicio.

4. Nuestra historia fundacional.

El cuarto elemento transformador de nuestra herencia nos invita a volver a una historia a la que he aludido a lo largo de esta reflexión: la historia de Juan Bautista de La Salle, los primeros Hermanos y la fundación de las Escuelas Cristianas. Uno podría mirar a los tres elementos fundamentales que he presentado hasta ahora y decir: “Todas las escuelas católicas aspiran a hacer eso, ¿qué diferencia a las escuelas lasalianas? Cuanto más pienso en esta pregunta, tanto más vuelvo a nuestra historia fundacional. Ningún otro sistema educativo tiene la misma historia que nuestra historia fundacional. Esta historia fundacional continúa inspirando e informando nuestro trabajo en el siglo XXI. En sus deta-

lles, es la historia de unos hombres del siglo XVII y comienzos del XVIII que, a través de muchas pruebas y tribulaciones, iniciaron un sistema escolar para educar a los muchachos de familias pobres y de la clase trabajadora. Considerada más ampliamente, sin embargo, esta historia fundacional contiene varios elementos que dan forma a cómo enfocamos la educación y cómo nos acercamos a los alumnos “confiados a nuestro cuidado”. Permittedme destacar algunos elementos de esta historia que encuentro particularmente aplicables hoy.

Un compromiso fundamental. Cuando veo la vida de Juan Bautista de La Salle y los cambios dramáticos que experimentó en sus 67 años, algo permanece constante: su *compromiso de seguir la voluntad de Dios* como mejor pudo percibirlo. Desde temprana edad La Salle creyó que era obra de Dios lo que estaba llamado a hacer y que Dios le mostraría la tarea que habría de realizar. Así, desde el comienzo, La Salle estuvo motivado por algo mayor que sus propios sueños y deseos. De hecho, en una de las resoluciones tomadas durante un retiro, dijo: *“Consideraré siempre la obra de mi salvación y del establecimiento y guía de nuestra Comunidad como la obra de Dios: por eso le dejaré a Él el cuidado de la misma, para no hacer lo que me corresponda en ella, sino por orden suya; y le consultaré mucho sobre todo lo que deba hacer tanto en una cosa como en la otra y le diré a menudo estas palabras del profeta Habacuc: Domine, opus tuum.”*¹² Vio toda su vida como una respuesta a una llamada de Dios a servir. ¿A quién? ¿Cómo? Eso se revelaría con el tiempo...

Un paso cada vez. Esta llamada de la que La Salle habla es una llamada gradual. Es una llamada que se revela poco a poco, paso a paso; un compromiso lleva a otro. Cabe recordar que su primer paso dentro del servicio educativo de los pobres sólo afectó a sus “conexiones”: conocía las personas adecuadas para tener una conversación con Adrian Nyel y abrir así una escuela. Eso fue todo. Una vez cumplida esta tarea, La Salle sintió que había hecho su buena acción del día, mes o año y que ya podía volver a su trabajo “real”. Sin embargo, de una escuela salieron dos y luego tres. Cuando Nyel dejó la ciudad para abrir otras escuelas, La Salle se vio empujado a pasar el tiempo con los maestros de

¹² SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, *Obras...*, T. I, pp. 119 - 120.

las escuelas que, descubrió, estaban no muy bien educados, muy pobremente entrenados como maestros y sin pulir espiritualmente. Así, empezó a invitarles a su casa para las comidas y la conversación, lo que pasó a ser pronto una invitación a vivir con él, que les llevó a... Bien, ya sabéis la historia. Poco a poco se vio metido en el asunto, movido por la situación de estos muchachos necesitados de educación. Dios desveló lentamente en La Salle una pasión por el servicio educativo de los pobres, una pasión que ignoraba haber tenido antes. Esta experiencia llevó a la Salle a expresar su creencia en un Dios que no se ve obligado a abrumar a las personas con tareas imposibles, sino que es más bien delicado y constante, encontrando a las personas siempre allí donde están y empujándolas constantemente hacia adelante. Con sus propias palabras:

*Por este motivo, aparentemente, Dios, que gobierna todas las cosas con sabiduría y suavidad y que no acostumbra a forzar la inclinación de los hombres, queriendo comprometerme a que tomara por entero el cuidado de las escuelas, lo hizo de manera totalmente imperceptible y en mucho tiempo; de modo que un compromiso me llevaba a otro, sin haberlo previsto en los comienzos.*¹³

Una llamada a la comunidad. La declaración de La Salle apunta al siguiente elemento importante de la historia fundacional: *una llamada individual se convierte en llamada comunitaria*. La convicción de La Salle de que Dios le estaba llamando a colaborar en la apertura de una escuela, después de otra, después de más, le llevó durante muchos años a formar una comunidad docente, una comunidad de educadores con un compromiso común hacia el servicio educativo de los hijos de los artesanos y de los pobres. El Hermano Antonio Botana indica que no es accidental que los primeros doce Hermanos que emitieron votos con La Salle en 1694 no sólo se comprometieran individualmente en una misión educativa, sino que también se comprometieran mutuamente. Se habían estado moviendo en esa dirección desde 1680, cuando descubrieron gradualmente la necesidad de ejercer *juntos* su ministerio. Entre 1682 y 1684 La Salle había renunciado a su canonjía y a sus bienes personales; no sobre todo para alimentar a los hambrientos, sino para estar más unido con los maestros. No

¹³ Ibid., p. 77.

mucho después de esto, la comunidad se dio un nombre *-Hermanos de las Escuelas Cristianas-* para identificarse como hermanos mutuamente y hermanos mayores de los jóvenes confiados a su cuidado. En 1690, la mitad de los Hermanos dejaron la comunidad y la empresa pareció abocada a la ruina. Con fe y coraje, en última instancia, tomaron una decisión radical *-establecer una comunidad intencional-* y la crisis pasó. Poco a poco, con muchos altibajos, la llamada de Dios a formar una comunidad asociada para el servicio educativo *-especial, pero no exclusivamente-* de los pobres se les hizo evidente¹⁴.

Dios lo ha previsto... Al comienzo de su segunda meditación para los días de retiro, La Salle nos pide que consideremos la situación de las familias de los artesanos y de los pobres, especialmente de los hijos de estas familias. Después de presentar un cuadro bastante desesperado, hace dos interesantes declaraciones:

- *“Dios ha tenido la bondad de poner remedio a tan grave inconveniente con el establecimiento de las Escuelas Cristianas...”*
- *“Agradeced a Dios que haya tenido la bondad de servirse de vosotros para procurar a los niños tan grandes beneficios.”*¹⁵

Hay una convicción manifiesta detrás de estas declaraciones: primero, que Dios es bueno; y, segundo, que *Dios respalda la llamada a servir con un “remedio”*. Por tanto, si somos llamados por Dios a esta misión educativa, Dios nos proporcionará la manera de llevar a cabo esta misión. Como los primeros Hermanos y La Salle descubrieron, la respuesta no fue siempre inmediatamente clara, pero, con la fe, creyeron que la respuesta estaba allí. Consiguieron la libertad de ser creativos, innovadores y decididos para hallar la respuesta. ¿El resultado? Con el tiempo, un sistema de educación que ha transformado millones de vidas en los más de trescientos años de existencia, y un fundador, cuya entrega a los jóvenes, a la educación, a la Iglesia y al mundo fue reconocida al ser proclamado Patrono Celestial de todos los Educadores en 1950.

¹⁴ ANTONIO BOTANA, FSC, *Asociación Lasaliana: El relato continúa*, Cuaderno MEL nº 2, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Roma, 2003, pp. 24 - 27.

¹⁵ SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, *Obras...*, T. I, p. 581.

El camino se aclara detrás de vosotros. Al evolucionar la llamada de Dios a Juan Bautista de la Salle, con el tiempo, dos cosas le sucedieron: primero, quedó *sorprendido* por la dirección que su vida tomaba; segundo, vio en *retrospectiva* el designio de la llamada de Dios finalizada. Son aspectos muy importantes de la historia fundacional. Primero, la sabiduría de Dios va mucho más allá de la nuestra propia. Nosotros podemos tener una idea de a dónde va y a dónde debería ir nuestra vida, pero hay una sabiduría más amplia en juego y vale la pena prestarle atención. Si La Salle no hubiera escuchado los movimientos sorprendentes de Dios en su vida, habría tomado una dirección muy diferente. ¿Y cómo supo que se había movido en la dirección “correcta”? Su vida de oración le informó. Volvió la vista a los acontecimientos de su vida y a la fundación de las Escuelas Cristianas y dedujo, por la fe, que Dios sabía lo que estaba sucediendo todo el tiempo. Volver la vista a su vida fortaleció su fe en el Dios que llama y asegura también la respuesta personal a la llamada. Esta fe permitió a La Salle continuar siendo osado y receptivo a la llamada de Dios, no sólo durante el resto de su vida, sino también más allá de su muerte, puesto que ayudó a los Hermanos en el proceso de elegir a uno de entre ellos para hacerse cargo de la dirección de la comunidad y aseguró así la supervivencia de las Escuelas Cristianas durante muchos años, incluso hasta el día de hoy.

Una historia con implicaciones para los lasalianos del siglo XXI.

En un artículo reciente, el Hermano Antonio Botana sugiere que necesitamos analizar nuestra historia fundacional con las lentes del mito para así tener poder en nuestra realidad presente. Dice:

“En esta lectura de la historia hay un riesgo: el que hagamos sólo una lectura anecdótica, externa y distante. En ese caso no seremos capaces de encontrar la identidad. Es necesario leer la historia original como “mito”, tratando de encontrar lo que está más allá de las circunstancias históricas y llega hasta nosotros: así es como podemos reconocer el itinerario de la comunidad que, en la década de 1680-1690, se introduce en un dinamismo que la transforma, y así es como podemos distinguir o adivinar los sentimientos, las actitudes, los propósitos de estas personas que se comprometen, se enfrentan a las dificultades, inician un nuevo camino e intentan expresar su identidad naciente sin tener los medios ni las palabras adecuadas para ello.

...Al elegir [los primeros Hermanos] el nombre, en 1684, de "Hermanos de las Escuelas Cristianas", ellos están proclamando el núcleo esencial de su propia identidad: una fraternidad para la misión educadora, una fraternidad ministerial, una comunión para la misión."¹⁶

¿De qué manera esta historia fundacional informa nuestro trabajo hoy? Ante todo, nuestro trabajo es visto como un ministerio al que hemos sido llamados. Con esta idea empezamos nuestras primeras actividades de formación con los nuevos contratados. Algunos nos llegan ya convencidos de que el "trabajo" es, de hecho, un ministerio, una vocación a la que Dios les ha llamado. Su trabajo en uno de nuestros ministerios es sencillamente el capítulo siguiente del itinerario vocacional, la respuesta siguiente a la llamada que ha estado guiándoles durante algún tiempo. Para otros, esta idea es nueva y necesitan tiempo para asimilar esta interpretación. Llegar a comprender y abrazar nuestro trabajo en un contexto de "vocación" nos abre y nos permite formular la pregunta: "Señor, ¿a qué me llamas en este trabajo lasaliano? ¿Por qué yo, con estas personas, en este lugar, en el servicio de estas personas?" Vivimos nuestro camino junto con las respuestas a estas preguntas, y las respuestas sólo se vuelven claras en retrospectiva. Cada persona penetra en nuestro mundo lasaliano en un punto diferente de entrada y con diferentes experiencias de vida. Cada persona avanza a un mayor conocimiento de la finalidad de su ministerio.

Nuestras interacciones con los confiados a nuestro cuidado - niños, adolescentes, jóvenes, adultos- están también informadas por nuestra historia fundacional. Trabajamos con ellos suavemente, pacientemente, encontrándonos con ellos donde están y dirigiéndoles suavemente, aunque con perseverancia, hacia el crecimiento, el conocimiento, la integración, la madurez. Nos enfrentamos a las dificultades con optimismo, sabiendo que la solución existe y sólo tiene que ser descubierta. Trabajamos sin descanso para encontrar un lugar en la mesa para cada uno de los miembros de nuestra comunidad. Ayudamos a todos a un reconocimiento creciente de la presencia continua de Dios en nuestras vidas, en nuestras relaciones, en nuestras comunidades y en nuestro mundo.

¹⁶ ANTONIO BOTANA, *Identidad Lasaliana. Un esquema 3x3 + 1*, www.lasalle.org/Spanish/Resources/Publications/PDF/Association/S24.doc. p. 6.

Ver nuestro trabajo en este contexto de “vocación” también permite a la comunidad enfrentarse, como hicieron los primeros Hermanos, a esta pregunta *juntos*: ¿Cómo podemos nosotros servir mejor a las necesidades de los confiados a nuestro cuidado? No olvidemos: la llamada es una llamada comunitaria. Hemos sido llamados a este ministerio en este tiempo y lugar desde muchos rincones de la sociedad y nos juntamos para llevar a cabo nuestro ministerio educativo. Nos apoyamos mutuamente en nuestras preguntas, nos estimulamos unos a otros con nuestras ideas y pasiones, y nos esforzamos juntos por el bien de aquellos a quienes servimos.

Enfocamos nuestro ministerio con la confianza de que el Dios que nos ha juntado está con nosotros siempre, alimentándonos, empujándonos, moviéndonos imperceptiblemente hacia adelante, exigiéndonos, abrazándonos con amor. Nos juntamos en momentos o días de oración para acordarnos del Dios que nos llama y del Dios que nos salva y para, como hizo La Salle, “consultar extensamente” lo que vamos a hacer. Hacemos esto de una manera acorde con nuestra herencia, avanzando osadamente en el contexto del Evangelio y de nuestras raíces lasalianas, mientras que, al mismo tiempo, somos respetuosos y conscientes de los diferentes credos representados en nuestras comunidades. La comunidad se construye poco a poco, paso a paso...

Recordar la presencia de Dios, tener una preocupación especial por los pobres, dar primacía a las relaciones y conectar con nuestra historia fundacional son elementos poderosos de nuestra herencia educativa lasaliana. Tienen la virtud de transformar vidas. Con el cambio de situaciones, con la evolución de las necesidades, con el trasiego de poblaciones, nos sentimos estimulados a revisar estos elementos e inyectar nueva vida en ellos para poder traer vida a los confiados a nuestro cuidado.

Para tu Reflexión

1. ¿Qué te ayuda más a recordar la presencia de Dios de manera habitual? ¿Cómo puedes estar más atento a la presencia de Dios en tu vida, en tu mundo?
2. ¿De qué manera ayudas a las necesidades de los pobres en tu ministerio lasaliano? ¿De qué manera puede tu comunidad responder más a las necesidades de los marginados de la sociedad?
3. En el terreno práctico ¿cómo vas a entablar relación tú con los confiados a tu cuidado, sean jóvenes o adultos?
4. ¿Qué hallas más exigente de nuestra historia fundacional? ¿Qué paralelo hallas entre la historia fundacional y la historia de tu ministerio lasaliano hoy?

Conclusión

Mirando adelante con fe y celo.

Tengo el privilegio de estar participando en un encuentro internacional lasaliano en Roma. Durante este encuentro, de un mes de duración, he conocido personas maravillosas, profundamente comprometidas, de Colombia, Chile, Ecuador, México, Italia, España, Filipinas, Burkina Faso, Jordania, Líbano, Egipto, Madagascar, Malasia y Estados Unidos. Estamos todos volcados, en el ámbito local o distrital, en la formación lasaliana para la misión. Cuando nos abrimos camino lentamente a través de las barreras del lenguaje y de las diferencias culturales, algo queda ya meridianamente claro: todos nosotros hemos sido “cautivados” por la llamada a influir en la vida de las personas necesitadas mediante la educación. Hemos sido tan cautivados por esta llamada que apasionada y vivamente compartimos quiénes somos y la misión de la que somos parte, con otros, mediante los programas de formación. Es emocionante considerar que este grupo de treinta y nueve no representa sino un puñado de las personas que en todo el mundo imparten programas de formación para fortalecer la Misión Educativa lasaliana. Tal experiencia refuerza mi optimismo cuando contemplo el futuro de la educación lasaliana en el mundo. Nuestra herencia está sana y salva, arraigada en una irresistible historia fundacional, evolucionando constantemente para responder más eficazmente a las necesidades de quienes Dios nos ha confiado, creciendo en fidelidad a la llamada que Dios ha hecho tan amorosamente a todos nosotros. Formar parte del fomento de la misión de la educación humana y cristiana es realmente una gracia.

Con el fin de continuar llevando a cabo nuestra misión educativa, debemos contar nuestra historia. Lo hacemos mediante programas de formación que permiten que la historia sea contada, que los participantes encuentren su puesto en la historia y que estimulen a las comunidades a crecer en su respuesta a la misión. Debemos continuar creando, realzando y revisando estos programas de formación para conocer las necesidades cambiantes de los lasalianos en el siglo XXI.

Además, nuestros programas de formación deben tener impacto más allá de la comunidad local. Por ejemplo, puesto que nuestra asociación con otros de la misión educativa lasaliana crece, todos debemos estar preparados para comprometernos en conversaciones serias y críticas relacionadas con el futuro del Instituto a todos los niveles. Para hacerlo así, debemos conocer la misión, cuidar profundamente la misión y estar firmemente comprometidos con el desarrollo de la misión. Este cuidado y compromiso profundo no pueden darse a menos de que, en algún punto del camino, “la” misión se transforme en “nuestra” misión. Una formación lasaliana de calidad es crucial para ayudar a este proceso.

Estoy convencido del tremendo valor de nuestros programas de formación por lo que respecta al progreso de la misión lasaliana. Nuestras obras no están sólo sobreviviendo; están prosperando, y nuevas escuelas y nuevas obras se añaden a la familia cada año en todo el mundo. Tal crecimiento no sucede accidentalmente. Tiene lugar por la dedicación, el espíritu y la fe de muchas personas que se han constituido en una familia -la familia lasaliana- para continuar respondiendo a la llamada de Dios a amar y servir a los jóvenes, especialmente los pobres, mediante la educación.

Cuando esta reflexión llega a su fin, recuerdo las palabras escritas por La Salle cuando miraba hacia atrás, a la fundación del Instituto, y adelante, al futuro, con ojos de fe:

*Reanimad, pues, vuestra confianza en su infinita bondad y honradla entregándole el cuidado de vuestras personas. Sin cuidados por el presente, sin inquietud por el porvenir, no extendáis vuestra solicitud más allá del momento en que tenéis que vivir, y no agravéis el día que corre con las previsiones del día que sigue. Lo que os falte por la tarde, os lo deparará el día siguiente, si sabéis esperar en Dios. Antes haría Dios milagros que dejaros en la penuria. Después de la palabra de Jesucristo, os doy como prueba la experiencia de todos los santos. Los milagros de la Providencia son diarios, y no cesan más que para aquellos que desconfían*¹⁷.

No tenía la menor idea Juan Bautista de La Salle de que se uniría a aquella comunidad de santos que nos proporcionan la “prueba”

¹⁷ SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, *Memorial sobre los Orígenes*, párrafo traducido en *Itinerario Evangélico de San Juan Bautista de la Salle*, p. 121.

inspiradora de la presencia continua de Dios en nuestras vidas y en nuestro ministerio. Que continuemos mirándonos mutuamente, a nuestro Fundador y, a través de él, a Jesucristo, con fe y esperanza cuando abrazamos juntos la misión educativa lasaliana.

¡Viva Jesús en nuestros corazones!

Greg Kopra
Casa Generalicia, Roma
9 de noviembre de 2005

Índice

Presentación.	5
Introducción.	7
– Reflexión personal sobre un carisma que transforma vidas mediante la educación.	7
1. Itinerario de un educador.	9
– Phil, Roger y Ron.	9
– El poder de la formación.	12
– Formación para la misión: De acuerdo con nuestra historia fundacional.	16
– Para tu reflexión.	17
2. Programas de formación lasaliana para la misión.	19
– El poder del carisma.	19
– La formación arranca desde el principio.	20
– Formación continua en los ministerios lasalianos.	21
– Formación continua en el ámbito distrital y regional.	23
– Para tu reflexión.	25
3. Poder y relevancia de la herencia lasaliana hoy.	27
– Reflexión sobre cuatro elementos de la herencia lasaliana.	27
1. Recuerdo de la presencia de Dios.	27
2. Preocupación especial por los pobres.	30
3. Siempre se trata de relación.	33
4. Nuestra historia fundacional.	35
– Para tu reflexión.	42
Conclusión.	43
– Mirando adelante con fe y celo.	43